Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido:
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin tu amor, en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Porque aunque lo que espero no esperara
Lo mismo que te quiero te quisiera.

PARA ANTES DE LA COMUNION.

¡Ya es llegada la hora dichosa! ¡ya se acerca el momento feliz! Pronto se cumplirán en tí aquellas admirables palabras del Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él.* (1) Pronto podrás decir con el Apóstol: *Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí.* (2) Persuádete de que esta es la accion más grande que puedes practicar en esta vida, y que cuanto más detestes el pecado y más adornes el alma de virtudes, tanta mayor abundancia de gracia recibirás del cielo. Prepárate, pues, alma cristiana, á la sagrada comunion con todo el fervor posible. San Luis Gonzaga comulgaba cada ocho dias solamente; mas como empleaba tres en prepararse y otros tres en dar gracias por este inmenso beneficio, sacaba de la comunion copiosísimo fruto. Esfuérzate, pues, alma mia, en imitarle.

(1) Joan. VI, *v.* 57.—(2) Galat. II, *v.* 20.

¿Ves aquel augusto sagrario?..... ¡Qué cárcel tan estrecha!..... Pues allí está tu Dios, prisionero del amor excesivo que tiene á los hombres..... Allí está el que no cabe en cielos y tierra. La Majestad..... la Pureza..... la Santidad infinita..... ¿y quién soy yo delante de tan alta Majestad? ¡Vil gusano de la tierra!..... ¿Y á una miserable criatura visitais, Jesus mio?..... ¿Y quereis uniros conmigo con union inefable y verdadera?..... ¿Y quereis ser mi alimento y mi sustancia?..... De aquí afectos de humildad, admiracion y amor... ¡Ay Señor! ¡quién os hubiese amado siempre! ¡quién nunca os hubiese ofendido!..... ¡quién tuviese la fé de los profetas, la esperanza de los patriarcas, la caridad de los apóstoles, la constancia de los mártires, la pureza de las vírgenes, la santidad de María Santísima!... Aun así no seria digno de recibiros y hospedaros en mi corazon..... ¡Qué debo, pues, decir cuando me veo tan pobre y vacío de virtudes! ¿Os diré con el apóstol San Pedro: *Apartaos de mí, Señor, que soy un gran pecador* (1)?.... Mas ¿á dónde iré, si Vos teneis palabras de vida eterna (2)? ¿Qué haré sin Vos? ¿Quién disipará las tinieblas de mis errores é ignorancia? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién calmará el ardor de mis pasiones? ¿Quién me dará armas para triunfar de mis enemigos? Vos sois,

(1) Lúc. V, v. 8.—(2) Joan. VI, v. 60.

oh dulce Jesus mio, la verdad, el camino y la vida. Fuera de Vos no hay sino mentira, error y muerte eterna, Vos sabeis convertir en santos á los más grandes pecadores..... Venid, pues, oh Dios de amor..... Deseo amaros con todo mi corazon..... Pésame en el alma de haberos ofendido..... Venid, oh buen Jesus, venid!... Mi alma os desea ardentísimamente!... Venid, dulce hechizo de mi amor, venid, refrigerio de los corazones, consuelo de los afligidos, esperanza de las gentes, delicia de los ángeles, alegría del cielo, bienaventuranza de los santos: venid, Dios mio, alumbrad mi alma con las luces de vuestra fe; venid, rey eterno, á librarme de todos mis enemigos; venid, médico divino, á curar mis muchos males; venid, huésped magnífico, á enriquecerme con vuestros soberanos dones; venid, fuente de aguas vivas, apagad la rabiosa sed de mis pasiones; venid, vida mia, paraíso mio, bien mio; venid, que os deseo, venid, que por Vos suspiro; venid y no tardeis más, venid que desfallezco; venid, Señor, y tomad cuanto ántes posesion de mi corazon.

Con estas ó semejantes aspiraciones, debieras, cristiano, avivar ya desde la víspera las ansias de llegar á tan sagrado banquete, contando por decirlo así las horas, y acusando el dia de perezoso. Cuando viniere el Sacramento en manos del sacerdote, entónces sobre todo,

sal á su encuentro con tiernos suspiros, acércate al comulgatorio con vestidos limpios, sí, pero modestos, sin pretension alguna mundana. Vé en ayunas, con los ojos bajos, las manos juntas, con la misma humildad y devocion con que Santo Tomás apóstol se llegaria á tocar y adorar las llagas sacratísimas del Salvador, ó con la que te acercaras á la Vírgen, si, como á otro Simeon se dignara poner en tus brazos á su Hijo preciosísimo.

Anonadado como el Centurion dí por tres veces: «Señor, no soy digno de que entreis en mi pobre morada; mas decid una sola palabra, y quedará sana y salva mi alma.» Llegado el precioso momento, abre los labios, pon la lengua sobre el inferior, recibe la santa Forma y procura pasarla cuanto ántes.

HACIMIENTO DE GRACIAS.

Seais bien venido, oh dulce Jesus mio, á esta pobre morada de mi corazon..... ¡Cómo, y es posible que todo un Dios haya venido á visitarme!..... ¡á mí, gusanillo de la tierra!..... ¡Y al Hijo de Dios tengo yo en mi pecho, su cuerpo, sangre, alma, humanidad toda entera y su misma divinidad!..... Lo creo, Señor, y daria mil vidas que tuviese, en confirmacion de esta verdad..... ¡Mas de dónde á mí tanta dicha!..... ¡de dónde tan señalado favor!..... Potencias de mi alma, adoradle con la más pro-

funda humildad..... Sentidos mios, postraos ante vuestro Dios y Señor.....

Contenplando á Jesus dentro de tu corazon, como en un trono de amor, llama una por una á todas tus potencias, y ofrécelas al Señor.... Represéntale las enfermedades de tu pobre alma..... pídele humildemente que las cure..... Haz lo mismo con los sentidos..... Suplícale que los bendiga y santifique..... ¡Oh amantísimo Jesus mio! Ya que me redimísteis con vuestra sangre preciosísima, concluid vuestra obra, coronad vuestras misericordias concediéndome la gracia de..... la victoria de tal pasion..... Haz otro tanto con tus hijos, parientes y amigos..... Lee poco, pero habla mucho con este divino Señor..... ¡Es Padre tan amoroso..... y tú hijo tan ingrato!..... ¡es un Rey tan magnífico..... y tú un vasallo tan rebelde!..... ¡es un pastor tan bueno..... y tú aquella oveja descarriada!..... ¡es tu Maestro..... tu Esposo..... tu Redentor..... y tú, qué discípulo tan indócil, qué esposa más infiel!..... ¡Qué materia no suministra cada uno de estos títulos para encender en el corazon las llamas de una ardentísima caridad! ¿Eres frágil? Pues en tu pecho tienes la fortaleza de Dios. ¿Estás enfermo? Pues ahí tienes el Medico celestial que dá salud á cuantos la desean. ¿Eres mendigo? Pues el tesoro de cielos y tierra está encerrado en tu corazon. ¿Eres tibio? ¿Qué tibieza no desterrará, qué hielo no derretirá el fuego

divino que vino á encender la faz de la tierra? Pide, pide con viva confianza todo cuanto desees y necesites; que ha venido para sanarte y trasformarte en sí..... ¡Qué daño se hacen, y qué ingratitud no muestran aquellos infelices, que apénas han recibido la comunion, vuelven las espaldas á un tan liberal y fino amante, y salen de la iglesia sin darle gracias, ni pedirle favor alguno! Tú léjos de hacerlo así, dile con todo el afecto de tu corazon: *Señor, ¿qué quereis que haga* (1)? *Enseñadme á hacer vuestra divina voluntad* (2). *Hablad, Señor, hablad, que dócil os escucha vuestro humilde siervo* (3). Sí, escúchale con atencion, y verás que te reprende interiormente de ciertas faltas..... te pide que sacrifiques tu amor propio, etc. ¿Y qué podrás negar á un Dios que acaba de darte todo cuanto tiene y todo cuanto es? Dile, pues, con el patriarca san Ignacio de Loyola:

ORACION.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad, todo cuanto tengo y poseo, Vos me lo dísteis, á Vos Señor lo devuelvo: todo es vuestro: disponed de ello á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

---

(1) Act. IX, *v.* 6.—(2) Ps. CXLII, *v.* 10.—(3) I. Reg. III, *v.* 10.

No te vayas de la iglesia sin decir tambien esta preciosa

ORACION.

Heme aquí, dulcísimo Jesus mio, que humillado me postro ante tu divina presencia, y con el más encendido fervor te pido imprimas en mi corazon vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor y arrepentimiento de mis pecados, y eficaz propósito de la enmienda; miéntras con el mayor afecto y compasion de que mi alma es capaz, voy considerando y meditando tus cinco llagas, teniendo á la vista lo que de tí cantaba el santo profeta David: *Traspasaron mis piés y manos, y contaron todos mis huesos.*(*)

(*) Pio VII en 10 de Abril de 1821, concedió indulgencia plenaria, aplicable á una alma del purgatorio, á los que confesados y comulgados digan devotamente esta oracion ante una imágen de Cristo crucificado. Y los que, confesándose cada ocho dias, comulgaren más á menudo, podrán ganarla cada dia que comulgen, segun consta del decreto del mismo Pontífice de 12 de Junio del año 1822. Mas confirmando nuestro santísimo Papa Pio IX esta indulgencia, ordena que por algun espacio de tiempo se ruegue á la intencion de Su Santidad. (31 Julio 1858.)

Si alguno quisiese materia más abundante para dar á Dios gracias despues de la comunion, podrá valerse de las oraciones que se hallan más adelante, en especial de las que ponemos por los hijos y padres, en reparacion de las blasfemias, y para la conversion del universo, etc. Pero ningunas serán más oportunas que los actos de desagravios al Corazon de Jesus.

ORACION PARA OFRECER LA VISITA DE ALTARES, JUBILEOS E INDULGENCIAS.

Altísimo Dios y Señor mio, dignaos aceptar esta obra que hago unido con la intencion que tuvisteis en las vuestras, y con la que tuvo nuestra Madre la santa Iglesia al prescribirla. Aceptadla, os ruego por la exaltacion de la santa fe católica, aumento, propagacion y dilatacion de vuestra Iglesia, paz y union entre los príncipes cristianos, victoria contra infieles, destruccion de las herejías, conversion de los gentiles, perseverancia de los justos, y por todas las necesidades espirituales y temporales de la santa Iglesia romana. Por ella suplico á vuestra divina Majestad me concedais indulgencia plenaria y perdon de todas mis culpas y pecados, descanso á las benditas ánimas, consuelo á los atribulados, gracia final á moribundos, y para los que están en pecado mortal auxilios eficaces para que saliendo de la culpa gocen de vuestra gloria, pues por todos se derramó la sangre de mi señor Jesucristo. Amen.

OFRECIMIENTO DE LA ESTACION.

Os ofrecemos, Señor, esta estacion en accion de gracias por la santísima comunion que acabamos de hacer, y por la misa que acabamos de oir, haciendo intencion de ganar las indulgencias concedidas á estos actos de religion. Pidiéndoos, segun la intencion del romano Pontífice, por las presentes necesidades de la santa Madre Iglesia católica, apostólica, Romana; por la propagacion de la fe; por la extirpacion de las herejías y de los ladrones; por la conversion de los infieles, herejes y pecadores; por las benditas ánimas del purgatorio; por la paz y concordia entre los príncipes y repúblicas cristianas; por la salud de los enfermos; por los pobres agonizantes, caminantes y cautivos; por la felicidad de los matrimonios; por todos los que estamos aquí santamente reunidos; por nuestras necesidades particulares y generales; por todo aquello por lo cual, Señor, quereis que os pidamos, especialmente por nuestro santísimo Padre el Papa Leon XIII; y para conseguir y conservar el fruto de esta santísima comunion y misa, y el don precioso de la perseverancia final en vuestro santo servicio, amor y gracia, hasta el último instante de la vida. Amen.

Los agregados á la congregacion primaria del Sagrado Corazon de Jesus, erigida en Roma para ganar sus muchas indulgencias, deben rezar cada dia un Padre Nuestro, Ave María, Credo, y decir:

Dulce corazon de mi Jesus, haz
Que yo te ame siempre más.

Todos los primeros viernes y primeros domingos del año hay indulgencia plenaria, y lo mismo en las fiestas de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Vírgen, etc., confesando, comulgando y visitando la iglesia de la congregacion, y donde no la hubiere, la propia parroquia.

El padre misionero Ildefonso José de la Peña, de la compañía de Jesus, concede por facultad pontificia, cuarenta dias de indulgencia por cada vez que se rece el ofrecimiento ó la oracion prescrita por la Congregacion; la cual goza tambien la indulgencia de sesenta dias por cualquiera obra piadosa que practicare el congregante, visitar enfermos, dar limosna, oir misa, etc., etc.

Dicho padre misionero tiene facultad de agregar á la referida congregacion de Roma y aprobacion expresa del Illmo. Sr. Arzobispo para usar de ella. No se paga nada por la agregacion ó asiento, ni se necesita escapulario.

METODO PARA VISITAR CON FRUTO
A JESUS SACRAMENTADO, DURANTE LA EXPOSICION
DE LAS CUARENTA HORAS.

Morando Jesus entre nosotros, ofreciéndose

de continuo por nosotros al Eterno Padre, y cifrando sus delicias en conversar con los hijos de los hombres; no será justo que le obsequiemos y visitemos á menudo? A los reyes de la la tierra sobran cortesanos, no falta quien honre á los mundanos; solo Jesus es olvidado, y esto en el misterio inefable de su amor. *¿Cómo*, hijos mios, nos dice con palabras tiernísimas, *no podeis siquiera velar una hora conmigo* (1)*?* No sabeis como ocupar el tiempo; perdeis tantas horas en visitas frívolas y perniciosas; ¿y no hayais ni medio cuarto de hora que emplear en mi presencia? Niegan mi divinidad los herejes; crucifícanme de nuevo los malos cristianos; abandónanme los mundanos; *¿quisierais dejarme tambien vosotros* (2)*?* No, no, dulcísimo Jesus; *¿á dónde iriamos, pues teneis palabras de vida eterna* (3)*?* Os visitaremos con frecuencia, y ojalá supiésemos hacerlo con el mismo fervor con que los ángeles y pastores os adoraron en Belen.

Entra, pues, alma cristiana, en la iglesia con gran modestia y recogimiento, no ménos que con humildad y confianza; *es casa de Dios y puerta del cielo:* adora allí á tu amable redentor. El es: oculto está, pero real y verdaderamente como en el cielo. Habla con su divina

(1) Matth. XXVI, v. 40.—(2) Joan. VI, 68.—(3) Id. VI, 69.

Magestad, y medita el exceso de su amor. Si no sabes como pasar un rato delante de un Dios tan enamorado de los hombres, haz la estacion; rezando seis *Padre Nuestros*, seis *Ave Marías* y *Gloria Patri*, y rogando por las necesidades de la Iglesia con intencion de ganar las gracias que hay concedidas, te enriquecerás con un sin número de indulgencias. ¿Qué buena ocasion esta para comulgar espiritualmente segun el métedo indicado pág. 78, y rezar pausada y atentamente el *Anima Christi*, pág. 78?

ACEPTACION DE LA MUERTE.

Adoro, Dios mio, vuestra infinita grandeza; os reconozco por supremo Señor de todo lo criado, árbitro de la vida y de la muerte, y me someto al decreto que habeis pronunciado contra mí. Lo acepto en espíritu de penitencia, y en union de la muerte que Vos sufristeis por mí, deseando por este sacrificio, rendiros profundo homenaje, y expiar el mal uso que hice de mi vida.

Acepto desde ahora la muerte con todas las angustias y dolores que la acampañen, en el tiempo, forma y manera, que sea más del agrado de vuestra soberana majestad. Sí, consiento, Jesus mio, en que mi alma sea separada del cuerpo, en castigo de haberse separado tantas veces de Vos, por el pecado. Acepto la pérdi-

da y privacion de mis sentidos, y aun de la misma razon, en descuento de las veces que en ofenderos emplié estos preciosos dones, que habia recibido de vuestra liberalísima mano.

Acepto, Señor, el que mi cuerpo sea pisado, comido de gusanos, y reducido á polvo, en castigo del orgullo con que preferí mis antojos y gustos á vuestra santísima voluntad.

¡Oh gusanos! ¡Oh disolucion de todo mi cuerpo, abandono total de los hombres, hediondez y soledad espantosa del sepulcro! Cenizas, yo os acepto y miro como instrumento de la divina justicia. Justo es sea así disuelto quien no anheló más que por placeres mundanos y seductores alhagos de la carne. Justo es sea olvidado y arrojado de la sociedad, quien, por dar gusto á los hombres, y grangearse aplausos, renunció tantas veces á Dios y á la eterna felicidad.

Una sola gracia os pido, Señor, y es recibir á tiempo y con fervor, los últimos Sacramentos: mas si en castigo de mi tibieza en frecuentarlos ahora, quisieseis privarme entónces de este beneficio, concededme á lo ménos que haciendo los más fervorosos actos de fe, esperanza, caridad y contricion, espire en vuestra amistad y gracia, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y María, y que mi alma llevada por los ángeles á la patria celestial, merezca gozar de Vos, por los siglos de los siglos. Amen.

SUPLICAS

á Jesus crucificado, para obtener la gracia de una buena muerte. (*)

Jesus, Señor Dios de bondad, Padre de misericordia, aquí me presento delante de Vos con el corazon contrito, humillado, y confuso, encomendándoos mi última hora, y la suerte que despues de ella me espera;

Cuando mis piés, perdiendo el movimiento me adviertan que mi carrera en este mundo está ya para acabarse;

R. *Jesus misericordioso, tened compasion de mí.*

Cuando mis manos trémulas y torpes, no puedan ya estrechar el Crucifijo, y á pesar mio le dejan caer sobre el lecho de mi dolor;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mis ojos, apagados y amortecidos con el dolor de la muerte cercana, fijen en Vos miradas lánguidas y moribundas;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mis lábios frios y balbucientes pro-

(*) Las compuso una jóven protestante que se convirtió á la religion católica á los quince años de su edad, y murió á los diez y ocho con olor de santidad. Pio VII y Leon XII, concedieron 100 dias de indulgencia, por cada dia que se rezen dichas oraciones, y una plenaria rezándolas por un mes entero.

nuncien por última vez vuestro santísimo Nombre;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mi cara, pálida y amoratada, cause ya lástima y terror á los circunstantes, y los cabellos de mi cabeza, bañados del sudor de la muerte, anuncien que está cercano mi fin;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mis oidos próximos á cerrarse para siempre, á las conversaciones de los hombres, se abran para oir de vuestra boca, la sentencia irrevocable que termine mi suerte por toda la eternidad;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mi imaginacion agitada de espantosos fastasmas se vea sumergida en mortales congojas, y mi espíritu perturbado del temor de vuestra Justicia á la vista de mis iniquidades, lucha con el enemigo infernal, que quisiera quitarme la esperanza de vuestra misericordia, y precipitarme en el abismo de la desesperacion;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mi corazon débil y oprimido del dolor de la enfermedad, este sobrecogido del horror de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que hubiere hecho contra los enemigos de mi salvacion;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntomas de mi destruccion, recibidlas, Señor,

en sacrificio de expiacion, para que muera víctima de penitencia, y en aquel momento terrible;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mis parientes y amigos juntos al rededor de mí lloren al verme en el último trance, y cuando invoquen vuestra misericordia en mi favor;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando perdido el uso de los sentidos, desaparezca el uso de mi vista, y gima entre las últimas agonías y congojas de la muerte;

Jesus misericordioso, etc.

Cuando mi alma salga para siempre del cuerpo, dejándole pálido, frio y sin vida, aceptad la destruccion de él, como un tributo que desde ahora ofrezca á vuestra divina Majestad, y en aquella hora;

Jesus misericordioso, etc.

En fin, cuando mi alma comparezca delante de Vos para ser juzgada, no la arrojeis de vuestra presencia, sino dignaos recibirla en el seno amoroso de vuestra misericordia, para que cante eternamente vuestras alabanzas;

Jesus misericordioso, etc.

ORACION.

O Dios mio, que condenándonos á la muerte, nos habeis ocultado el momento y la hora, haced que viviendo santamente todos los dias de nuestra vida, merezcamos una muerte dichosa abrasados en vuestro divino amor. Por

los méritos de nuestro Señor Jesucristo y de su santísima Madre. Amen.

MODO PRACTICO DE AYUDAR A BIEN MORIR.

Habiendo desaparecido los Ordenes religiosos que con tanto mérito suyo y aprovechamiento de las almas se consagraban á la asistencia espiritual de los moribundos; es de suma utilidad, y aun de indispensable necesidad, excitar el celo de todos los cristianos, para suplir falta y vacío tan lamentable.

En efecto, nadie ignora que del momento crítico de la muerte depende una feliz ó desdichada eternidad, el colmo de todos los bienes ó de todos los males. Creas ó no creas, pienses ó no pienses en ello, así será..... ¿No será justo, pues, que abras los ojos y despertando del profundo letargo en que has vivido, trates, á lo ménos entónces, de prepararte al terrible trance de la muerte?

Por lánguida que tengas la fé, y aunque no sea muy grave tu dolencia, te ruego que pidas tú mismo, y con tiempo, los santos Sacramentos, no fiándote de palabras alhagüeñas ó esperanzas lisonjeras. Tus parientes y amigos por una mal entendida amistad, los médicos por vano respeto, todos te asegurarán que no hay peligro todavía, y que no dejarán de avisarte con tiempo; pero ¡ay! ¡cuántos miles de cristianos, engañados de esta suerte, se ven, cuando me-

nos lo piensan, sorprendidos de la muerte, y condenados eternamente! Y aun cuando á la última hora se llama á un sacerdote, siquiera por evitar la infamia de que muera el pariente sin Sacramentos; ¿qué le aprovechará al enfermo su presencia, si, perdido ya el conocimiento, está incapaz de hacer una buena confesion, y aun de formar un verdadero acto de contricion?

Además, ¿qué necedad puede darse mayor, que la de temer la visita del Médico celestial, único que puede dar acierto á los facultativos, eficacia á los remedios y salud al enfermo? Llámale, pues, á tiempo; que los Sacramentos, léjos de acelerar, alejan la muerte muchas veces, y si conviene, dan salud y vida al que los recibe presto. ¿Y cuántos privados de este auxilio, por el más fatal y trascendente descuido, perdieron una salud, que con el socorro de los Sacramentos hubieran quizás recobrado facilísimamente?

Y no contento con pedirlos á tiempo, has que te lean este capítulo, y los motivos de contricion que ponemos para ántes de la confesion, pág. 100. Y cuando esté para llegar el santo Viático, escucha con atencion los avisos que se hallan en la pág. 108: que te los lean de espacio, como tambien el hacimiento de gracias para despues de recibida la visita del Médico celestial, que se halla en la pág. 111. Luego entre dia, despidiendo toda visita mundana, podrias ir saboreando el *Anima Christi*, pág. 78 y o-

tras, no olvidando la aceptacion de la muerte que pusimos, pág. 119.

Si cayere gravemente enfermo alguno de tus parientes, ó cualquiera otra persona por cuya felicidad te intereses, suplícote por las entrañas de Jesucristo, y por la amistad que le profesas, le avises con tiempo, del peligro en que se encuentra, y con el celo y santas industrias, que el amor verdadero debe inspirar en semejantes casos, le induzcas á que reciba dignamente y á tiempo, los santos sacramentos. Búscale un confesor de su confianza, prepárale á la confesion y recepcion del santo Viático, pero con suavidad y sin serle molesto.

Cuando estuviere en la agonía, á más de las oraciones indicadas, que será bien leerle haciendo algunas interrupciones para no cansarle, te podrás tambien valer de las jaculatorias siguientes:

¡Oh dulce Jesus mio, mi consuelo, mi fortaleza y todo mi bien, cuándo os poseeré sin temor de nunca separarme de Vos!

En Vos creo, en Vos espero, á Vos amo y amaré siempre sobre todas las cosas.

¡Quién siempre os hubiese amado! ¡Quién nunca os hubiese ofendido!

Creo, Dios mio, todo cuanto me habeis revelado, y todo cuanto me propone y manda creer la santa madre Iglesia.

Pequé, Señor, mas confio en vuestra bondad y misericordia infinita me perdonaréis, no permitiendo se pierda una alma redimida con vuestra sangre preciosísima.

Padre, dulcísimo Padre mio, peor soy que el hijo pródigo: no era digno de ser llamado hijo vuestro; pero Vos sois mi Padre, y el mejor de todos los padres.

Echad, pues, á vuestro hijo los brazos al cuello; dadme el ósculo de paz; ponedme el anillo de vuestra amistad y gracia; restituidme la estola de la inocencia que perdí por mi malicia.

Vírgen santísima y dulce Madre de misericordia, muestra que eres mi Madre en esta última hora.

Tú me has amparado y favorecido todo el discurso de mi vida, ampárame y favoréceme en este momento de que depende todo mi bien.

Por la agonía de tu Hijo querido, por las penas y amarguras que sentiste al pié de la cruz, asísteme en la muerte.

Dándole á besar el Crucifijo: Te adoro llaga sacratísima del costado de mi dulce Jesus, abierto más por amor á los hombres, que por el fiero golpe de la lanza.

Dame, Señor, asilo en tu corazon, lavando mis manchas con la sangre y agua que vertiste por esa llaga santísima.

Os adoro, manos sacrosantas, abiertas por mi amor; vosotras me criasteis, de vosotras espero la salvacion.

¡Oh Padre Eterno! ten misericordia de mí,